

“El autor nunca dice lo que dice la traducción”

REFLEXIONANDO DESDE LA TEORÍA SOBRE UNA PRÁCTICA QUE TAMBIÉN EJERCE (TRADUJO AL ESPAÑOL A PAUL RICOEUR, SLAVOJ ZIZEK, ROLAND BARTHES Y JEAN STAROBINSKI, ENTRE OTROS), LA AUTORA DE *LA CONSTELACIÓN DEL SUR TEJE LOS VÍNCULOS HISTÓRICOS ENTRE LA TRADUCCIÓN, Y LA LITERATURA NACIONAL Y LA MULTIPLICACIÓN DE LECTORES. ADEMÁS, UN LLAMADO A RESCATAR LA IMPORTANCIA DE ESTA PROFESIÓN EN LA CULTURA ARGENTINA Y LATINOAMERICANA.*



Edición de la revista *Sur*, *Problemas de la traducción*. Editorial y revista jugaron un rol clave en la proliferación de traducciones extranjeras.

PATRICIA WILLSON

TRADUCTORA Y DOCTORA EN LETRAS POR LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES. EN 2004, FUNDÓ EN BUENOS AIRES EL SEMINARIO PERMANENTE DE ESTUDIOS DE TRADUCCIÓN. ACTUALMENTE, ES PROFESORA EN LA UNIVERSIDAD DE LIEJA (BÉLGICA).

—¿Qué recorridos o grandes tendencias ha seguido la traducción literaria en la Argentina? ¿Las etapas se asocian a la actividad de ciertos traductores?

—Las etapas que es posible reconocer en la traducción literaria en la Argentina están vinculadas con las funciones que han tenido los textos traducidos a lo largo de la historia cultural del país. En el siglo XIX, la traducción contribuyó a la consolidación del Estado nacional, como lo demuestra aquella famosa frase de Sarmiento sobre el carácter patriótico de traducir. Sarmiento concebía los libros como “almacenes del saber” y sostenía que ese saber debía ser “vaciado” (como en la metalurgia) en el molde de la lengua vernácula y adaptado a la lectura común. Fomentó así una caza de libros extranjeros, y él mismo tradujo, sobre todo en su período chileno. Sarmiento tenía en la cabeza una agenda sobre lo que había que traducir entonces y su visión era instrumental: la traducción permitía apropiarse de “los tesoros del mundo”. De ahí que la traducción, en esta primera etapa identificable, tuviera un carácter compensatorio, pues lo que había que traducir era aquello que faltaba en la cultura local: textos científicos y técnicos, por ejemplo.

Un poco antes de 1880, con el surgimiento de un nuevo público lector, empiezan a aparecer en Buenos Aires colecciones en las que se publican, a precios populares, traducciones de Poe, de Edmundo de Amicis, de algunos autores alemanes hoy olvidados que entonces tradujo Alejandro Korn. En esta etapa también hay un uso de la traducción, pero esta vez como medio para generar un corpus de textos en lengua nacional; la traducción es el medio más rápido para generar una literatura nacional. Sin embargo, ya hay una visión de transición entre la concepción instrumental de Sarmiento y un acercamiento a lo estético. Hay colecciones de literatura traducida de la época que lo dicen explícitamente, en libelos de presentación o publicidad, en los prólogos de editor: la intención pedagógica se completa con la idea de “grandes obras de la literatura universal”. En una palabra, se traducen libros para armarles una biblioteca a los nuevos lectores. En mi opinión, esta etapa se extiende hasta la década de 1930. Editorial Sur publica los primeros libros en 1933; Losada, Emecé, Sudamericana y Santiago Rueda, entre otras, empiezan a publicar algunos años más tarde. Estos proyectos editoriales basaron su

fondo editorial en la traducción de obras contemporáneas: se empezó a traducir lo nuevo. De este período suele mencionarse la labor de Borges, de José Bianco, pero lo cierto es que hay siempre un grupo casi anónimo de traductores que tradujo muchísimo, para diferentes editoriales. Esta periodización es esquemática y solo da cuenta de las causas por las cuales se elegían determinadas obras. Lo que queda sin responder es si el presente puede acoplarse a la etapa iniciada a fines de los años 30. Tiendo a pensar que no.

Por otro lado, en la Argentina queda por hacer un ingente trabajo de recensión de traducciones, de registro de traductores, pues se tiende a recuperar solo a los ilustres, a los que han obtenido notoriedad en otros campos: narradores, poetas, periodistas, políticos (Sarmiento, Mitre, Aldao, Cané). Por eso es tan valioso el trabajo de jóvenes investigadores argentinos que están realizando esa recuperación, primer paso hacia la comprensión cabal del lugar que ha tenido la traducción en la cultura argentina y latinoamericana.

—¿En qué sentido la traducción puede definirse como práctica “democratizante”, capaz de abrir el juego a la circulación literaria?

—La traducción difunde ideas y, por tanto, puede concebirse como una “práctica democratizante”. Una de las definiciones más generales de la traducción atiende al hecho de que toda traducción aumenta el número de lectores de un original. Sin embargo, la traducción es una práctica bifronte: puede ser democratizante, pero también puede ser un medio de sojuzgamiento. El estudio de las versiones de la Biblia en las lenguas africanas durante los procesos de evangelización colonial, por ejemplo, revela hasta qué punto la traducción puede ser aculturante. También lo vemos en la actualidad: dado que no hay simetría en el peso geopolítico de las lenguas ni reciprocidad entre ellas a la hora de traducir, la lengua más traducida es el inglés, con la consiguiente difusión planetaria de bienes culturales provenientes del mundo anglosajón. Entonces, no es posible creer en un juego verdaderamente abierto: los flujos de circulación de ideas, y de tópicos y escrituras literarios siguen una dirección predominante, en desmedro de otras posibles.

—En clave provocadora, alguna vez sostuvo que hoy Borges no pasaría una prueba de traducción en una editorial. ¿Puede calificarse de “buena” o “mala” una traducción?

—Creo que la crítica de traducciones puede y debe conllevar un juicio de valor, al igual que la crítica de las “escrituras directas”. Lo pernicioso es que, en el caso de las traducciones, el juicio de valor suele basarse en una palabra o en alguna expresión en la que el crítico repara especialmente, y que desemboca con rapidez en el veredicto “es una buena/mala (con predominancia de lo segundo) traducción”. Por otro lado, muchos editores tienen ellos mismos una idea de cómo debe ser una buena traducción; algunos son traductores ocasionales. A diferencia de lo que esperan de un escritor, lo que esperan de un traductor está mucho más pautado por valores como la legibilidad, la prosa elegante y la corrección gramatical. Lo

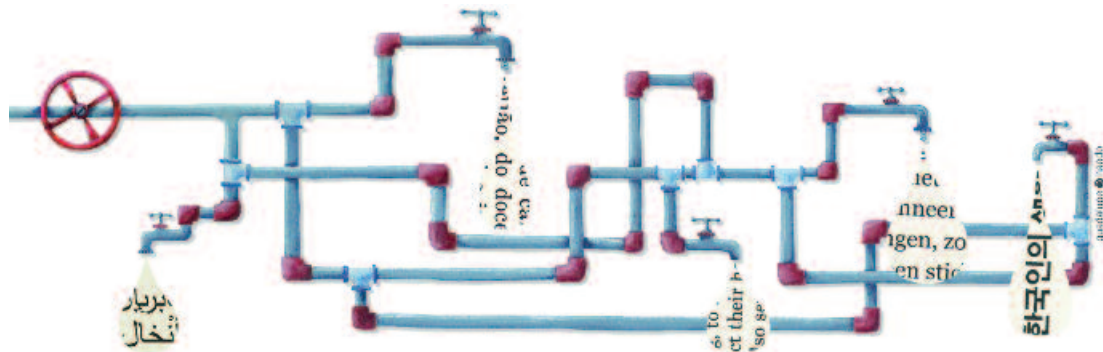
que no siempre se dice es que hay traducciones para las que no tiene sentido decidir si son buenas o malas: son las grandes traducciones, aquellas productoras de discursividad. La traducción que hizo Borges de *Las palmeras salvajes* es una gran traducción, pues ha generado profusión de textos críticos (con juicio de valor, casi siempre positivo) y fue, además, la vía de acceso a la obra de Faulkner para buena parte de los lectores hispanohablantes.

—¿Está vigente la discusión sobre la invisibilidad del traductor en la obra traducida?

—Creo que sí. Cuando formuló esta noción de manera orgánica en la década de 1990, Lawrence Venuti sostuvo que uno de los responsables de la invisibilidad es el propio traductor, pues acata el mandato de la traducción fluida y legible, en lugar de proponer estrategias traductorales “de resistencia”, con neologismos, arborescencias, saltos, notas al pie, etcétera. Hoy en día parece poco probable que un tipo determinado de escritura de traductor tenga efectos sobre su estatus social. En todo caso, si el problema sigue siendo vigente, no lo es su solución, que pasa, a mi entender, por la agremiación de los traductores.

—¿Cómo responder el prejuicio de quienes piensan que una traducción literaria es una “copia degradada” del texto original, al que “traiciona”? En este sentido, ¿cómo desarticular la “utopía de la equivalencia”?

—Una manera literaria de responder a ese prejuicio es la que despliega Elvio Gandolfo en uno de los textos de *The Book of Writers*. Es un texto breve sobre traductores en el que se sustituye la palabra “traducir” y sus variantes por “traicionar” y sus variantes. El resultado es desopilante y muestra, por exasperación, los límites de la metáfora moral de la traducción. En cuanto a la idea de equivalencia, la mejor manera de desarticularla es no plantearse la pregunta “¿cómo hay que traducir?” (y sobre todo, no pensar que tiene una única respuesta), sino más bien esta otra: “¿por qué se traduce así?”. Dicho de otro modo, aceptar que una traducción, un doblaje, un subtítulo, son interpretaciones posibles de un texto fuente, que dependen del contexto y de las condiciones materiales de su realización (plazos, pagas, etcétera) y no deben contrastarse con una interpretación-traducción correcta y válida, considerada como la única posible. Cuando alguien dice sobre una traducción: “pero esto no es lo que dice el autor”, me parece que hay que aclarar que el autor nunca dice lo que dice la traducción: el autor de un “original” es, por definición, alguien incapaz de expresarse en las lenguas de todos sus lectores posibles. En otras palabras, la traducción nace de una carencia, de una imposibilidad. E implica, en consecuencia, una acción fiduciaria: se le encomienda al traductor que diga algo *en lugar* del autor. Si se relaciona este hecho con lo que mencionaba en otra pregunta sobre las traducciones aculturantes, o con las traducciones del programa patriótico de Sarmiento, se puede apreciar la importancia que tienen la traducción y los traductores en la historia cultural de un país o de una región. ■



Programa Sur: letras babélicas

Cómo me hice monja, de César Aira, en árabe; *El Aleph*, de Jorge Luis Borges, en malayo; *Rayuela*, de Julio Cortázar, en gregoriano; *Finisterre*, de María Rosa Lojo, en tailandés; *Elena sabe*, de Claudia Piñeiro, en neerlandés. La lista tiene cientos de combinaciones. Es que hoy la literatura argentina se exporta y se lee en los cinco continentes. Desde su creación en 2009, el Programa Sur de Subsidio a las Traducciones, que implementa el Estado Nacional, apoyó la edición de 549 obras de más de 260 autores locales (la mayoría, vivos, y la mitad de ellos, jóvenes o de mediana edad) en 40 países y en 32 idiomas.

Si bien surgió a propósito de la Feria del Libro de Frankfurt de 2010, donde la Argentina fue invitada de honor, este programa es hoy una política de Estado permanente que promueve la literatura y el pensamiento nacional en el exterior. En sus cuatro años de vigencia, logró acrecentar el patrimonio literario del país, defender la variedad idiomática argentina y ampliar el mercado potencial de autores.

Entre los textos traducidos, abundan las novelas, los poemarios y los libros de cuentos. “El apoyo público resulta crucial, al favorecer obras que, de otro modo, estarían limitadas por el mercado. La traducción del ensayo y la poesía argentinos sería casi inexistente sin este subsidio”, explica Diego Lorenzo, coordinador de la iniciativa. Para las pymes editoriales argentinas, el programa también resultó un incentivo: estas casas editoras han vendido casi dos tercios de las traducciones subsidiadas en 2011 y 2012.

El monto máximo subvencionado es US\$ 3500. La dinámica para seleccionar los títulos beneficiados es la siguiente: este año, hasta el 30 de septiembre, pueden presentarse las solicitudes (<http://programa-sur.mrecic.gov.ar>). Con búsqueda amplitud y estricta igualdad, se admiten obras de todos los géneros literarios, técnicos y educativos de autores argentinos que cumplan el reglamento establecido. La decisión final recae en un comité de expertos, integrado por Magdalena Faillace, Horacio González, Noé Jitrik, Mario Goloboff, Silvia Hopenhayn y Carlos Pazos (por la Fundación El Libro), que se reúne dos veces al año y actúa con vistas a consolidar la iniciativa en el campo de la edición internacional y generar efectos multiplicadores en cada país.

El costo de las traducciones y, en definitiva, la magnitud de la ayuda resulta dispar en el mundo, según la lengua meta. Mientras que el valor de las traducciones al inglés supera el tope del subsidio, en el caso de las llamadas “lenguas emergentes” (checo, húngaro, polaco), hoy embarcadas en difundir la literatura extranjera, la subvención pedida suele ser inferior al monto máximo otorgable. Y aunque es muy costoso traducir a las lenguas asiáticas, este año se realizarán a través del programa seis traducciones al mandarín de textos de Piglia, Samanta Schweblin y Bioy Casares, entre otros.

¿Qué literatura argentina está leyendo el planeta? En el *ranking* de los autores más traducidos, se listan Borges, Cortázar, Bioy Casares, Piglia, Rodolfo Walsh, Alan Pauls y Ariel Magnus. En términos de género, suman cinco las mujeres que se ubican entre los veinte autores más solicitados: Claudia Piñeiro, Ana María Shua, María Rosa Lojo, Tamara Kamenszain y Liliana Bodoc. Piñeiro es, además, la escritora viva más traducida por el programa. A la vez, la nómina de títulos traducidos compone un panorama de lo más relevante de la literatura local: De *El matadero*, de Echeverría, o *Facundo*, de Sarmiento, a *Adán Buenosayres*, de Leopoldo Marechal, pasando por los poemas de Alfonsina Storni o Alejandra Pizarnik, *La Patagonia rebelde*, de Bayer, u *Operación Masacre*, de Walsh, además de Di Benedetto, Puig, Sábato, Saer...